

Autor: Abilio Ayuso

EL GURÚ

Ilustrador Alejandro Ortigosa Quevedo



En ocasiones el depredador puede convertirse
en presa sin siquiera llegar a darse cuenta.

+16

Julio había llegado a lo más alto de su carrera en el campo de las películas pornográficas, primero como actor y más tarde como productor, director y actor al mismo tiempo.

Su cuerpo escultural y su incansable pene de veinticinco centímetros, que para envidia de propios y extraños podía mantener completamente enhiesto a voluntad el tiempo que quisiera, le habían proporcionado fama y dinero.

Ahora estaba preparando la que según él sería su obra cumbre: Un reality, exótico - erótico - místico.

Para ello había alquilado una pequeña isla tropical durante seis meses en la cual solo existía un confortable alojamiento en forma de cabaña el cual decoró, incluyendo los alrededores, con toda clase de iconografía mística oriental, sin olvidar los lugares y elementos donde se producirían los encuentros sexuales.

Ocultas en lugares prácticamente invisibles había colocado microcámaras autónomas con sensores que se activaban sólo ante una presencia humana y podían permanecer meses a la intemperie sin mantenimiento alguno.

El guion era sencillo, las tres actrices contratadas llegarían haciendo el papel de turistas despistadas a la isla del gurú, el cual abusaría de ellas de todas las formas imaginables mientras las cámaras grababan.

Aquella mañana se había vestido y maquillado tan profesionalmente que parecía un auténtico gurú hindú, se dirigió a esperar el yate en el punto convenido, una roca redondeada al abrigo de los cocoteros desde la que se dominaba perfectamente la playa donde se produciría el desembarco.

Sentado en aquel lugar notó la vibración del móvil que llevaba guardado en el taparrabos, lo cogió, aunque maldiciendo que esa acción le estropeará el plano, pero su disgusto aumentó mil veces cuando supo que la llamada era de las tres actrices diciéndole que no las esperara porque habían encontrado una oferta mejor y no tan apartada de la civilización.

Se quedó meditando amargamente el ocaso de sus planes.

Carlota era una chica de familia rica pero insegura, nerviosa, depresiva, histérica y entrada en carnes que no había encontrado su lugar en la vida y de desengaño en desengaño se deslizaba hacia la desesperación más absoluta.

Buscando algo a lo que aferrarse encontró en Internet información sobre un gurú que regentaba un retiro espiritual en una remota isla y conseguía milagros en el plano físico, psicológico y espiritual en casos como el suyo, contactó con él y se dispuso a realizar el viaje.

Primero un avión de línea regular que la llevó al otro extremo del mundo, luego una pequeña avioneta y un taxi la dejaron en el embarcadero donde una lancha rápida la llevaría a su destino.

Llevaban casi una hora navegando cuando al pasar cerca de una isla lo vio a lo lejos, al tomar los potentes prismáticos se cercioró, era su gurú que la esperaba en la posición del loto sentado sobre una roca.

Ordenó al barquero que la llevara hacia allí de inmediato, el hombre le discutió en su casi inexistente inglés, le dijo que ese no era el sitio, pero ella no se dejó convencer, por una vez en la vida estaba segura de algo.

Cuando amenazó al pobre hombre con no pagarle y denunciarlo éste la acercó a la playa a regañadientes.

Mientras meditaba sobre su perra suerte, Julio vio pasar una lancha que modificaba su rumbo y se dirigía hacia su playa, en su interior una chica gordita parecía discutir con un nativo, al final ella saltó a la arena, llegó bajo la roca donde se encontraba y postrándose le dijo con voz suplicante: “O gurú Pachramán, acepta por favor a esta desgraciada como tu fiel discípula”.

En ese momento Julio pensó que no estaba todo perdido y que hay que saber aprovechar las oportunidades, así que con voz teatral y acento extranjero le contestó: “No mereces pisar esta isla, sólo te aceptaré en honor a Shiva con la condición de que vacíes tu mente y sigas todas mis órdenes sin cuestionarte nada”.

“Así lo haré maestro Pachramán”.

“No eres digna de pronunciar ese nombre, a partir de ahora sólo me llamarás maestro, dile al barquero que se marche llevándose todas tus pertenencias, aquí sólo necesitas tu espíritu”.

Se acercó al barquero, le pagó el transporte y el que le guardara el equipaje por tiempo indefinido, el pobre hombre aún intentó explicarle como pudo que aquel no era el lugar donde quería ir, pero ella le despidió de forma inflexible.

Mientras la lancha se alejaba, Carlota se acercó a la roca cargando únicamente una pequeña mochilita, pero antes de que pudiera decir nada la imperiosa voz del gurú le preguntó: “¿Que llevas ahí, no te había ordenado que dejaras todas tus pertenencias?”.

“Hooo maestro, solo llevo el dinero para pagar mi estancia, el móvil y algunos medicamentos”.

El gurú le dirigió una mirada furiosa y le dijo ásperamente: “De todas las cosas que podías traer has escogido las peores: El sucio dinero que es el origen de todos los males de la humanidad, además ni con todo el oro del mundo podrías pagar la espiritualidad de este lugar, el móvil que está matando la verdadera comunicación entre las personas y la falsa medicina occidental que solo cronifica las enfermedades y no cura el alma, donde reside el origen de todo mal. Cava un hoyo profundo en esta arena y entiérralo todo para que se pudra, igual que ese reloj que llevas, para ti el tiempo ha dejado de existir”.

La muchacha obedeció de inmediato y al acabar recibió la orden tajante: “Sube hasta esa pequeña capilla al final de las escaleras y allí medita hasta que yo te lo diga sobre lo miserable que hasta ahora ha sido tu vida, ni un movimiento, ni una palabra, ni un susurro”.

Acto seguido Julio se afanó en desenterrar la mochilita y examinar su contenido, lo primero que hizo fue quitarle la batería al móvil para después en su cabaña envolverlo en papel de aluminio igual que el reloj, ese tipo de cacharos tal vez podrían ser rastreados y localizar su situación, contó por encima el dinero con satisfacción, era un buen puñado, aunque él no era pobre ni mucho menos a nadie le amarga un dulce.

Seguidamente guardó todo el contenido en una pequeña caja fuerte oculta que había hecho instalar por precaución, ya que sabía por experiencia que entre las artistas porno había alguna que era una verdadera zorra.

Al acabar, se sentó en una especie de trono que tenía preparado al respecto y llamó a la muchacha, con el tono más teatral que pudo le dijo: “Arrodíllate ante mí, postra tu rostro en el suelo y escucha: No cuestionarás nada de lo que yo diga o haga, aunque tu mente estrecha no pueda comprenderlo todo será por tu bien, obedecerás siempre, nunca harás preguntas, en mi presencia llevarás la vista baja y nunca mirarás mi rostro, en tu estado actual no eres digna de ello, nunca me dirigirás la palabra sino es absolutamente imprescindible, ¿Lo has comprendido?”.

“Si maestro”.

“Pues ahora libera tu triste cuerpo para que esté en comunión con la naturaleza, quítate todas esas estúpidas prendas de ropa que llevas, deposítalas en esta arqueta y deja que tu cuerpo se impregne de la fuerza vital que emana esta isla, solo te dejarás puestas esas zapatillas porque si no tus pies acostumbrados a la molicie se llagarían en pocas horas, permanecerás desnuda siempre que estés a la sombra de esta vegetación, cuando salgas al sol te pondrás esta túnica de gasa blanca y este gorro de paja, porque tu piel enfermiza se quemaría fácilmente”.

Ella obedeció rápidamente sin ningún recato pensando que en aquel lugar nadie podía verla y que su gurú... Estaba por encima de todas las miserias humanas, incluso se

sintió feliz de mostrarse desnuda ante él, aunque le duró poco la felicidad cuando la examinó detenidamente mientras comentaba: “Lo que yo me temía, aquí dentro tal vez hay un ser humano, pero enterrado en la basura que has ido acumulando con toda la mierda que has comido, pero lo arreglaremos, sacaremos la mujer que hay en el interior, aunque no será fácil”.

Mientras decía esto la iba golpeando en distintas partes de su cuerpo con una fina varita de bambú, no eran golpes excesivamente dolorosos sino pequeños picotazos, lo curioso es que Carlota disfrutaba de aquella sensación de sentirse vulnerable y desnuda ante aquel maestro que podía hacer lo que quisiera con ella.

Sus meditaciones se cortaron cuando él ordenó: “Estírate boca abajo en esa alfombra, y pon tu cabeza sobre ese trapo, comenzaremos por una sesión de acupuntura”.

Julio tomó una aguja hipodérmica y le fue pinchando aleatoriamente aquí y allá sin hacerle excesivo daño hasta que le inyectó el medicamento que tenía preparado por seguridad, el anticonceptivo de los seis meses que muchas centroamericanas se inoculan cuando tienen que atravesar Méjico buscando la forma de entrar en Estados Unidos, sabiendo que probablemente serán violadas en el camino.

Al acabar le dio un bol y le dijo: “Detrás de aquel árbol hay una pequeña fuente, ves trayendo agua y llena este balde de madera hasta la mitad, cuando hayas acabado sumérgete en él y explica a voz en grito todas tus flaquezas, tus miserias y tus pecados y repítelos sin parar hasta que yo salga de mi retiro, estaré rezando por ti”.

“Maestro... Con este bol tardaré mucho, si hubiera un cubo”.

“¿Que parte de no cuestionar mis órdenes no has entendido?, si quisiera que usaras un cubo te lo habría dado”.

“Si maestro, perdón”.

Acto seguido Julio se retiró a descansar al interior de la cabaña, curiosamente le excitaba más aquella chica gordita e inocentona que había caído de patas en la trampa, que él no había montado a propósito, que las actrices porno de cuerpos perfectos de las que había probado centenares, pensando en ello se echó una buena siesta hasta que los chillidos de la chica gritando sus pecados le despertaron.

Se acercó con su vara de bambú y gesto severo diciendo: “Así que siendo consciente de todas tus faltas y debilidades eras incapaz de superarlas, lo primero que deberemos hacer es fortalecer esa voluntad de la que ahora careces, lávate bien, esta es tu ceremonia de purificación”.

Al cabo de un rato, con una voz que parecía un gemido ella dijo: “Maestro... tengo un problema”.

“Tienes muchos problemas, más de los que piensas, ¿Pero cuál es la nimiedad de la que quieres hablarme ahora?”.

“Mis necesidades, tengo pipí y tal vez algo más”.

“Tus excrementos nunca deben mancillar esta isla, orinarás y defecarás en aquel pequeño remanso que se ve allí en la playa para que el océano aleje tu suciedad de este lugar sagrado, luego te limpiarás con la propia agua del mar”.

Cuando regresó le ordenó que se tumbara sobre una especie de tarima de madera en forma de aspa elevada unos cuatro palmos del suelo, allí procedió a sujetarla con unas correas preparadas a tal efecto, luego tomó un pene de piedra pulimentada, lo untó con aceite y mostrándoselo le preguntó: ¿Sabes lo que es un lingam?”.

“Más o menos maestro”.

“Es la fuerza vital de la naturaleza, justo lo que a ti te falta, ahora sentirás su energía”.

Diciendo esto comenzó a frotárselo por los labios vaginales y el clítoris hasta notar que se estaba lubricando, luego se lo fue introduciendo lentamente, como buen experto que era quería comprobar que capacidad tenía aquella vagina para no causarle ningún desgarró, para su satisfacción se dio cuenta de que la muchacha no era una primeriza ni mucho menos y que los suaves movimientos que imprimía al lingam le estaban causando una gran excitación.

Cuando lo retiró de su interior y lo arrojó al suelo ella pareció desilusionada, pero de inmediato le dijo: “Sin embargo, este lingam, aunque poderoso no tiene vida, por tanto, nunca te podrá elevar a los planos superiores del conocimiento que solo yo te puedo proporcionar”.

Mientras lo decía desataba su holgado taparrabos que dejó al descubierto su glorioso pene de más de un palmo de largo y un grueso en consonancia que se hallaba en completa erección.

Ella se quedó realmente impresionada, pensaba que los cuerpos varoniles, bronceados, musculados y con penes así solo existían en las películas y tal vez eran algún trucaje.

Cuando se sintió penetrada hasta el fondo con movimientos felinos no tardó en llegar a un éxtasis como nunca había sentido, incrementado por el hecho de sentirse atada e indefensa a merced de aquel macho.

Julio se dio cuenta de que hacía bastantes días que no pegaba un buen polvo y aquella gordita le estaba excitando más de lo normal, sin embargo, como buen profesional se

aseguró de que ella había alcanzado un orgasmo brutal para eyacular en su interior una buena ración de esperma.

Al acabar la liberó de sus correas diciéndole: “Póstrate ante mí y medita sobre lo sucedido, ¿Qué sabes de la ley del karma?”.

“Lo poco que sé es que todo se compensa, nuestras buenas o malas acciones que hacemos con las que recibimos, nuestras dichas... Con nuestras desgracias”.

“¡Suficiente!, ¿Verdad que no puedes negar que has gozado la ceremonia del lingam?”.

“Si maestro, he sido muy feliz”.

“Pues ahora tu karma está desequilibrado, tumbate de espaldas en el mismo lugar, porque te toca sufrir”.

En cuanto estuvo en posición volvió a sujetarla con aquellas correas, la visión de aquel culo gordito le estaba excitando otra vez, comenzó a golpearle las nalgas con su varita, luego regó su zona anal con un aceite lubricante y comenzó a pasear el pene por la regata de su culo hasta centrarse en su ano, fue presionando cada vez un poco más hasta que su glánde penetró por completo, por la tensión que notó en sus brazos y piernas supo que la introducción estaba siendo dolorosa, se detuvo unos minutos mientras le masajeaba las nalgas para que su esfínter se relajara, hecho lo cual presionó su pelvis insertándole el pene por completo.

Aquello era diferente de las actrices que gemían y fingían sorpresa, aquella muchacha estaba quejándose genuinamente, aquello le excitaba brutalmente, comenzó con movimientos suaves hasta acabar con un verdadero frenesí pélvico para finalmente eyacular como si no lo hubiera hecho hace apenas media hora.

Estaba cayendo la tarde y los encuentros amorosos le estaban proporcionando un suave cansancio, así que Julio la desató y le dijo: “Lávate en el balde, luego vacía el agua. Con las primeras luces del alba lo volverás a llenar de la misma forma que hoy lo has hecho, dormirás en este cobertizo y nunca te acercarás a mi santuario sin permiso, ¿Lo has entendido?”.

“Si maestro”.

“¿Alguna pregunta?”

“Maestro... Es que yo... No he comido nada en todo el día y tengo mucha hambre”.

El gurú le dirigió una mirada que podía fundir las piedras, para finalmente decirle: “Apenas unas tristes horas sin comer y te permites decirme que tienes mucha hambre,

no hace mucho estuve ayunando durante siete días para concebir una idea iluminadora, y tú, que llevas reservas en tu cuerpo como para alimentar una manada de leones durante una semana te permites el lujo de decirme que tienes hambre, mañana comerás algo si es que lo mereces, si tienes sed puedes beber de aquella fuente”.

Dicho lo cual se retiró a su cabaña a tomar una buena cena.

Por la mañana observó con satisfacción que ella ya tenía el balde medio lleno mediante los viajes que había estado realizando con el bol, después de una mirada escrutadora le dijo secamente: “Tumbate sobre esa alfombra, te aplicaré unos extractos de hierbas curativas que sanarán tu cuerpo y tu espíritu”.

En realidad, no quería que la piel de la pobre muchacha se estropeará en aquella intemperie así que mientras recitaba una serie de salmos de su propia invención le aplicó por todo su cuerpo una buena dosis del mejunje a base de crema hidratante y protector solar que había mezclado al cincuenta por ciento en un bol de piedra para darle un aire de ungüento místico”.

Al acabar le dijo: “Toma esa vara de bambú y este cesto, y sígueme, hoy comerás”.

La hizo subir al punto más alto de la isla donde crecían árboles frutales y le dijo: “Busca los diez frutos más maduros que veas, hazlos caer con la vara, luego podrás comerlos, pero al acabar, como ofrenda al árbol que te alimenta, esparcirás sus semillas en un círculo de quinientos pasos alrededor, ¿Has comprendido?”.

“Si maestro”.

“Pues cuando acabes vuelves a sumergirte en el balde y recitar tus pecados hasta que yo te avise”.

“Julio se retiró a la cabaña sin explicarle que aquellos frutos eran ligeramente laxantes, cuando la oyó que recitaba a voz en grito todas sus faltas hizo acto de presencia y le dijo en tono imperioso: “Cubre tu penoso cuerpo con la túnica blanca que te di, ponte este gorro de paja y estos guantes, carga con estos cestos y el rastrillo, hoy prepararás una ofrenda a Shiva para que se apiade de ti”.

Una vez dejado atrás el lugar donde ella hacía sus necesidades le gritó: “!Alto!, ahora debes recoger todo el marisco que puedas y depositarlo en los cestos, todo aquello que pueda honrar al Dios, almejas, cangrejos, todo lo que sea apetitoso y pobre de ti que intentes llevarte algo a la boca, te estaré vigilando”.

Cuando al cabo de una hora la muchacha regresó con un cesto medio lleno el gurú le propinó un par de azotes con la vara de bambú mientras le decía: “¿Esta inmundicia vas a ofrecer a un Dios?, ¿Para qué te he dado dos cestos?, llévate el otro y llénalo, y

no hace falta que te concentres en un solo punto, puedes recorrer la costa arriba y abajo”.

Pasada otra hora y media la pobre desdichada volvió con tres cuartos de cesto llenos para encontrarse la mirada de desprecio de su maestro que murmuró: “Has llegado a un estado de inutilidad tal que ni siquiera eres capaz de llenar un cesto de marisco en una isla que está repleta de ello, recoge todo, prepararemos la ofrenda con la miseria que has traído”.

En realidad, Julio pensaba que no era ninguna miseria, la chica se las había apañado para atrapar una langosta, varios cangrejos de buen tamaño, almejas y caracolas.

La mandó a buscar leña seca algo lejos para que no viera como él encendía el fuego con un sencillo mechero y líquido para prender barbacoas en una especie de altar preparado al efecto, cuando se hubo formado una buena brasa depositó encima una enorme parrilla y fue asando el marisco.

Se dio cuenta de que la muchacha contemplaba el festín con ojos ávidos y le cortó la contemplación diciendo: “Toma este rosario y por cada cuenta repite tres veces - Soy el peor despojo que ha pisado esta isla sagrada, pido a Dios que me ilumine para resurgir de mi inmundicia de la misma forma que la flor del loto sale del cieno-”.

Al acabar de asar la mariscada la depositó en un enorme bol de madera y le dijo a la chica: “Ahora podrás comer”.

Sus ojos se iluminaron, pero le duró poco la alegría porque su gurú le tendió un cestito con una lechuga y dos pepinos mientras le decía: “Come sin avaricia y masticando bien, mientras tanto yo efectuaré la ofrenda a Shiva, al acabar medita sentada en aquella roca hasta que te avise”.

Mientras la pobrecilla masticaba aquellas verduras crudas, Julio estaba en el interior del santuario poniéndose ciego de marisco acompañado de una botella de buen vino.

Julio no pudo acabarse todo el marisco así que guardó el sobrante en una pequeña neverita situada en un armario de bambú que funcionaba mediante un panel solar oculto en lo alto del tejado de la cabaña.

Al día siguiente la hizo caminar por entre la espesa vegetación de la isla repitiendo los mantras que se inventaba. Cada vez que se confundía, se detenía o dudaba le golpeaba en las nalgas con la varita de bambú, al volver a la cabaña le dijo: “Ayer Shiva rechazó una parte de tu miserable ofrenda, hoy podrás comerla, pero muy lentamente mientras das gracias en voz alta al Dios por permitírtelo”.

Aquel marisco frío a Carlota le pareció un manjar delicioso, tuvo que reprimirse las ganas de devorarlo con avidez para no recibir un bastonazo del maestro, al acabar

tuvo que volver a llenar el balde mediante el cuenco, lo cual le ocupó más de dos horas, una vez finalizado, el gurú la miró severamente y le dijo: “Confiesa la verdad, ¿Has disfrutado comiendo ese marisco?”.

“Si maestro, tenía mucha hambre”.

“¿Y que dice la ley del karma?”.

“Que debo compensar por ello”.

“Vas aprendiendo, acompáñame a la ceremonia de comunión con la naturaleza”.

“En un claro había situado el tocón de un enorme árbol cortado en el que se había excavado el hueco de la figura del torso de una persona cabeza abajo, del que sobresalían dos listones de madera con bisagras que le daban el aspecto de una y griega deforme, el gurú hizo que Carlota se encajara allí, la sujetó manos y cuerpo con unas correas preparadas a tal efecto y las piernas a los listones que sobresalían.

Así quedó la muchacha con la cabeza abajo y las piernas arriba, pero por poco tiempo ya que el maestro accionó una polea y los listones se fueron abriendo poco a poco forzando las piernas de la chica hacia la figura del spagat, cuando estaba cerca de conseguirlo, viendo la cara de sufrimiento de la chica la dejó un rato en esa posición para proseguir instantes después hasta que con sus piernas completamente abiertas adoptó la forma de una T mayúscula.

Cuando estaba en esa posición tan vulnerable con su vagina y su ano apuntando al cielo el gurú se colocó unos guantes en los que había añadidas plumas en los extremos de cada dedo y fue paseando las puntas por la entrepierna de la muchacha notando el sufrimiento que le hacían las cosquillas por la tensión de sus músculos y los quejidos que involuntariamente se escapaban de su boca.

Luego unos golpes con una fina varita en las zonas más sensibles para acabar regando su zona vaginal con un espeso aceite, seguidamente sacó de su túnica un calabacín y una banana y se los introdujo al mismo tiempo lentamente por la vagina y el ano, primero comenzó con movimientos de introducción y giro muy lentos que fueron aumentando en rapidez hasta alcanzar un ritmo frenético.

Al final Carlota acabó aullando poseída de una mezcla de placer y dolor indisolubles, finalmente el gurú procedió a liberarla mientras le decía: “La exposición de la parte más sensible de tu cuerpo a la naturaleza y la introducción de sus frutos te ha purificado, con el tiempo tal vez llegues a ser digna de habitar este lugar”.

Al día siguiente hizo que se sentara en su cobertizo para meditar, con los ojos vendados y los oídos tapados con cera, de tal forma no pudo enterarse de que llegaba la lancha que traía las provisiones.

Cuando el barco hubo desaparecido en el horizonte Julio hizo que para compensar la inmovilidad diera tres vueltas a la isla por la costa recogiendo cualquier fruto o marisco que le pareciera apetitoso.

En los siguientes días la chica sufrió un tratamiento similar: Mucho ejercicio, poca comida principalmente consistente en verdura cruda, violaciones cada vez que a Julio le venía en gana y sesiones de sadomasoquismo con las que le hizo probar toda suerte de artilugios que tenía preparados para las actrices que no se presentaron.

Padeció la cera caliente sobre los pezones y labios vaginales, la lenta depilación del pubis pelo a pelo y todo lo que a él se le ocurrió.

Durante largas sesiones la hacía ejercitarse en la silla rústica que accionaba unos penes que se introducían alternativamente en su vagina y ano impulsados por su propio pedaleo o la tenía colgada de la te invertida que la obligaba a mantener las piernas absolutamente abiertas mientras él la penetraba cómodamente estirado debajo.

En un par de meses el cambio en el físico de Carlota era notable, su grasa se había reducido, su musculatura estaba endurecida y a pesar de no tomar el sol directamente su piel estaba adquiriendo un bello tono bronceado, al mismo tiempo su carácter se había fortalecido de una forma increíble, no precisaba ninguna de las píldoras contra la depresión ni para dormir de las que antes se atiborraba y ante el más mínimo atisbo de histeria el gurú se lo curaba a bastonazos.

Mientras tanto Julio se estaba encaprichando de aquella muchachita inocentona a la que tenía completamente sometida y le estaban entrando unas ganas locas de tener una relación con ella menos dominante y más afectuosa, asimismo se estaba cansando de su papel de gurú severo e inflexible.

El cambio comenzó un día en que las lluvias pertinaces estaban azotando la isla, aquello no era como los chaparrones que caían de vez en cuando bajo los que a veces la había obligado a correr. A pesar de que estaban en una zona tropical el viento y la lluvia incansable habían enfriado el ambiente.

Julio atisbó por una de las ventanas de su confortable cabaña y la vio allí temblando de frío desnuda en su cobertizo sin puerta tratando de arrebujarse sobre el jergón de paja bajo la manta raída que tenía por todo abrigo y sintió compasión por ella mezclada con una buena dosis de ternura.

Tomó un enorme paraguas se acercó al cobertizo y simplemente le dijo “Ven”.

La chica se guareció junto a él abrazándole por la cintura, Julio instintivamente le pasó un brazo por el hombro y así caminaron juntos hasta llegar al refugio,

curiosamente a Julio le estaba excitando llevarla así desnuda abrazada a su lado a pesar de que ya la había poseído de todas las formas imaginables.

Una vez dentro de la estancia la secó con una esponjosa toalla, le dio de beber un tazón de caldo caliente que había preparado para sí mismo y la hizo acostarse en la espléndida y mullida cama que presidía el fondo de la habitación, le apetecía muchísimo hacerle el amor de una forma dulce y romántica y al final encontró la coartada diciéndole: “Tu karma está desequilibrado porque has sufrido bastante, necesitas experiencias positivas”.

Seguidamente se quitó la túnica que llevaba `por todo vestido y se acostó a su lado, la muchacha se abrazó a él como un bebé panda lo haría a su madre.

Julio la fue acariciando suavemente para acabar haciéndole el amor de una forma tierna, aunque no exenta de pasión.

A partir de entonces, aunque las lluvias finalizaron, ella ya no volvió a dormir en el cobertizo. También cambió la forma en que la trataba, seguía siendo un entrenador duro e inflexible, pero sin las humillaciones de antes.

Asimismo, ahora a Julio le parecía cutre violarla salvajemente ni utilizar todas aquellos artefactos de sadomasoquismo, podía hacerle el amor en cualquier lugar pero sin parafernalias ni vulgaridades.

También su relación cambió, con la excusa de que ya había superado la primera fase de contaminación física y espiritual comenzó a tener conversaciones con ella más de tú a tú.

Entonces averiguó que era una chica de gran cultura y sensibilidad, niña a quien sus padres habían sustituido el verdadero afecto y atención que todo hijo necesita por toda suerte de caprichos materiales, nunca había encontrado su verdadero lugar en la vida.

Julio fue poco a poco desarrollando un sentimiento de culpabilidad por haberse aprovechado de aquella pobrecilla que ahora que la iba conociendo mejor le caía tan bien.

Finalmente, un día en que ella le miró directamente con sus preciosos ojos azules y le preguntó: “Maestro... ¿Crees que me falta mucho para alcanzar la perfección física y espiritual a la que aspiro?”.

Él se derrumbó y en un tono absolutamente diferente del que había utilizado hasta entonces le dijo: “Se que me vas a odiar por ello, pero si no te lo explico reviento, yo no soy tu gurú Pachramán, llegaste aquí por una increíble coincidencia, soy un puto actor de películas porno que quería hacer su obra maestra y al que sus actrices

abandonaron en el último momento, pensé en sustituirlas contigo, todo lo sucedido en los últimos meses se ha grabado automáticamente, pero ahora no lo comercializaría ni por todo el oro del mundo, cuando quieras llamaré a una lancha para que te recoja y te devolveré tu móvil y tu dinero, tienes todo el derecho del mundo a denunciarme, aunque si lo haces me veré obligado a utilizar las grabaciones en mi defensa como mejor pueda, no quiero pasar un montón de años en la cárcel, aunque tal vez lo merezca”.

Ella le miró con una sonrisa pícaro y le contestó: “Que no eres el gurú Pachramán ya lo sé desde casi al principio, lo que no entendía es que cojones hacías tu sólo en esta puta isla con todo este decorado y ahora me has resuelto el acertijo, pero no te sientas tan culpable porque yo también tengo guardados mis secretos”.

“¿Tuuu, que clase de secretos?”.

“Soy una viciosa masoquista, y he disfrutado como una cerda con todas las barbaridades que me has hecho, por eso, aunque descubrí tu montaje de buenas a primeras te he estado siguiendo el juego, además: ¿Como iba una gordita como yo a conseguir enrollarse en exclusiva a un tío tan bueno como tú capaz de pegar esos polvos tan extraordinarios?”.

“Hostias, que zorrilla”.

“Pero después la cosa cambió, y a partir del día de la lluvia en que me trataste de esa forma tan diferente ya no te vi como la máquina perfecta de proporcionarme el vicio que a mí me gusta, y me fui enamorando, descubrí que aún me gusta más que me ames de una forma tierna y sensible”.

“Vale... Ósea que yo pensando que me aprovechaba de ti y eras tú la que se aprovechaba de mí”.

“Bueno... A veces son así las cosas y el cazador se convierte en presa”.

“Y ahora... ¿Qué quieres que hagamos?”.

“¿Para cuanto tienes alquilada la isla?”.

“Un mes más”.

“Pues disfrutemos de ella, descubrí que tienes escondido por ahí algún equipo de buceo”.

“¿Pero sabes bucear?”.

“Antes como una foca, pero con mi nuevo cuerpo será como una sirena”.

“Y ¿Qué más haremos?”.

“Pues follar como locos, pero sin aparatitos ni cosas raras, hablar, conocernos mejor y ¿Quién sabe?, tal vez planificar nuestro futuro como pareja, porque yo estoy bastante colada por ti”.

“Si te dijera que yo no te mentaría, y eso que han pasado por mis armas...”.

“¡Alto ahí!, el pasado es pasado y queda perdonado, pero al mismo tiempo olvidado, a partir de ahora yo soy tu mujer y ya puedes ir pensando en cambiar de trabajo”.

“No sé qué haré, además había invertido bastante dinero en este proyecto”.

“Haaa, vale, ¿Piensas que el problema puede ser como ganarte la vida?, tranquilo que no nos va a faltar el dinero, soy una rica heredera a la que siempre ha aterrorizado que la quieran sólo por su pasta, pero contigo no hay problema porque tú no tenías puta idea de quien era yo, así que podrás dedicarte a lo que más te guste sin tener que pensar en la economía”.

“¿Y ahora no querrás visitar al verdadero gurú Pachramán?”.

“Ya no me hace falta, tu varita mágica me ha curado todos mis males”.

FIN...